

La reforma de la política. Deliberación y desarrollo

Pablo Salvat

Fernando Calderón Gutiérrez, Ildis / Friedrich Ebert Stiftung-Nueva Sociedad, La Paz, 1ª ed., 2002, 166 pp.

El año pasado apareció un texto que llevaba por título «En busca de la política», del sociólogo polaco Zigmunt Bauman. Nos llamó la atención ese título. La preocupación principal giraba en él en torno del eventual significado de la acción política y la definición de la cosa pública en el presente. Un año después tenemos la fortuna de encontrar con el libro de Fernando Calderón G. -sociólogo boliviano de vasta trayectoria en el continente y más allá de él-, *La reforma de la política. Deliberación y desarrollo*, que ensaya, precisamente, ofrecer un conjunto de reflexiones articuladas en función de la búsqueda de respuestas a las interrogantes que se abren para la política y el desarrollo a comienzos del tercer milenio.

¿Dónde hay que buscar la política hoy? Un primer elemento a destacar es el esfuerzo de pensamiento que realiza Calderón, en un ejercicio poco usual que podríamos llamar de comprensión transformadora y de transformación comprensiva de la realidad. Un ejercicio que sirve para dar cuenta de las limitaciones de aquella famosa tesis 11 que nos recomendaba ocuparnos no con la interpretación del mundo, sino primordialmente con su pura transformación. Sabemos algunas de las consecuencias de la aplicación histórica sesgada de esa tesis. El libro de Calderón nos proporciona un notable esfuerzo por intentar entender, dar pistas y señales, de dónde habría que buscar la política reivindicada para el día de hoy y pensando en el mañana, no solo de una manera por decir así general y teórica, sino también, al mismo tiempo, articulando esa necesidad de resituar la política como un valor universalizable desde su realidad en nuestra América, por cierto, entendiéndola como una América Latina enlazada al mundo, conectada también a ese flujo avasallador de la globalización, sufriendolo y participando de él. El esfuerzo del autor resulta relevante por cuanto no solo se aboca a delimitar, iluminar y aclarar las formas organizativas e institucionales que adquiere hoy la política, sus déficits y falencias, sino que al mismo tiempo, se detiene en «lo» político, esto es, intenta una redefinición más allá de su funcionamiento sistémico e institucional. Una redefinición que -como nosotros mismos hemos revelado en otros lugares- recoge e incorpora la centralidad de su dimensión éticonormativa (delibera ti va), es decir, aquella práctica comunicativa situada a nivel de la intercomprensión o entendimiento mutuo

entre sujetos/ciudadanos en función de aquello que sea o signifique la cosa pública para ellos como colectividad o comunidad política. La crisis de la política y lo político, pensamos, requiere de un trabajo en tomo de la resignificación moral de la democracia, si ella quiere tener un futuro posible que la rescate de su cooptación por parte de los poderes fácticos, en particular -económico-financieros, o tecnológicos comunicacionales-, o de su deriva hacia un posmodernismo relativizador. El texto de Calderón se ubica también en la línea de ensayar un esfuerzo refundacional, lo cual no es poca cosa dado los tiempos que corren de ostensible «positivismo gestor» en las ciencias sociales y políticas. Este es a mi juicio, mirado de conjunto y en general, el mayor mérito y singularidad de este libro.

Un segundo aspecto que deseo destacar, poco común a decir verdad, es que estas reflexiones refundacionales las realiza en apertura y diálogo interdisciplinar, desde las ciencias sociales, pasando por la economía y la filosofía. Repensar hoy la política, la cosa pública y su sentido, el espacio de lo público, así como sus desafíos y conexiones con el tema del desarrollo, en medio de una complejización creciente de las sociedades y los flujos mundiales de intercomunicación y tráfico de medios, parece exigir esa capacidad de ligar territorios de naturaleza filosófica, ética, con los dominios de la comunicación y sus nuevas tecnologías y la economía. Tarea nada fácil ni evidente, pero que el autor logra incorporar a lo largo del recorrido del texto, desde la posición del tema en su primer capítulo «<Política y desarrollo>», hasta su último movimiento, abocado a dirimir los rasgos que vinculan la historia de nuestra América, como una en la cual los signos de la violencia han estado presentes desde su propia conformación, hasta hoy, y de cómo puede la idea de democracia deliberativa ponerle coto y canalizarla.

Un tercer asunto que nos interesa está relacionado con el diagnóstico que Calderón hace del estado de la política actual y de la exigente necesidad de una reforma cabal de ella, si quiere estar a la altura del actual proceso de globalización y una sociedad de la información y el conocimiento. Al respecto los procesos de modernización en marcha no garantizan una recuperación y profundización cabal de la democracia y una revalorización *per se* de la actividad política. Más aun, distintas encuestas en el ámbito latinoamericano nos hablan del desprestigio y la falta de credibilidad de los partidos y los políticos en general. Ella -la política-, se ve como una acción impotente frente al poder de los nuevos poderes internacionales, donde las diferencias de programa y de puntos de vista no son relevantes para el ciudadano que se acerca a las urnas, porque, casi todos dicen: ¿y qué importa si al final todos terminan haciendo la misma política? Para Calderón la reforma de la política que requerimos pasa por una redefinición de ella entendida ahora como el espacio y

ejercicio, personal, social, e institucional de la deliberación en igualdad de condiciones. La política como deliberación es el concepto central de la apuesta de este sociólogo, y con ella reanuda y continúa una larga tradición reflexiva que viene desde Aristóteles, y es reconducida modernamente entre otros por pensadores como Hannah Arendt y Jürgen Habermas. Una tradición que, hay que decirlo, tiende a esfumarse y perderse cuando la razón política se reduce o diluye en su expresión estratégico-instrumental, o de mera lucha y captura del poder por el poder. Una política deliberativa entonces, representa el ejercicio cabal de una acción comunicativa entre sujetos/ ciudadanos que se ven y se hablan en tanto iguales, en función de una definición colectiva y democrática del bien común que los representa y de las mediaciones institucionales que pueden encarnarlo. Claro, en Calderón no se trata de dar una definición esencia lista y ahistórica de los conceptos que usa, tarea por lo demás difícil -si no impracticable-, en sociedades devenidas complejas y pluralistas, sino de dibujar un procedimiento ético por excelencia que cataliza y posibilita la interacción en función de la cosa pública desde lo que he llamado el poder racional del discurso y la argumentación que vive en toda persona. Por cierto, que la posibilidad de encarnar un ideario de política en tanto deliberativa no debe olvidar, como el autor nos recuerda, que esto no puede hacerse de la mano sino de un desarrollo que sea capaz de hacer realidad la óptica de un sujeto como sujeto de derechos y deberes en igualdad de condiciones, es decir, sin que en nuestras sociedades se luche al mismo tiempo contra las desigualdades evitables, las exclusiones, las discriminaciones que conviven con nosotros día a día. Por ello, el ejercicio deliberativo tiene que asumir temas cruciales como el rol del Estado, un nuevo concepto de ciudadano, de la pobreza, de una cultura de paz.

La deliberación como medio y fin de la acción política, resulta entonces el horizonte normativo fundamental para el desarrollo y autodesarrollo de nuestras sociedades. Eso es lo que nos propone el autor. Por cierto, el texto tiene más matices y riquezas de lo que puede encerrar una reseña. Por el momento, no podemos sino estar de acuerdo con el camino en el cual cree Calderón hay que reinstalar a la política y su accionar, la recuperación y potenciamiento de su dimensión deliberativa. Dimensión que, por lo demás, en distintos actores y de distintas formas ha estado presente en nuestra historia como latinoamericanos. Pero, no solo eso, creo que el acentuar lo deliberativo nos permite reconectar y recuperar una propiedad esencial de la política, que la distingue de otras dimensiones y expresiones del humano: la de ser -la política democrática- un producto de la construcción intersubjetiva, mediada por la equidad en el uso de la palabra, el diálogo, el discurso crítico, la deliberación activa, participada y asociada de ciudadanos en función -no solo del cálculo de posibilidades-, sino también de algún ideario normativo, de valores, o de

sociedad buena. Hace un buen tiempo Aristóteles sostenía al respecto que la razón por la cual el hombre es, más que la abeja o cualquier animal gregario, un animal social es evidente: la naturaleza, como solemos decir, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra (...); pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo dañoso, lo justo e injusto, y es exclusivo del hombre, frente a los demás animales, el tener, él solo, el sentido del bien y del mal, de lo justo e injusto, etc., y la comunidad de estas cosas es lo que constituye la casa y la ciudad (*La política*, 1253).